

—Podrás empezar esta tarde después de comer: te daré la llave y tomarás los registros que están en ese mueble.

Y le indicó el pupitre colocado frente á ella. Huberto comprendió que, aquel día, trabajaría junto á su señora, y, como niño que era aún, sintió ahogados los cuidados del porvenir en la alegría de la hora presente.

VIII

Un mes más tarde fué introducida Mónica Brequet en la habitación de Hortensia, en la que esta, sentada en su silla larga como de ordinario, distraía sus dedos haciendo un ligero capricho de aguja.

La señora Dunois miró á la aldeanita, y esta examinó la estancia, que era una vasta pieza de techo alto, tan pulcra y tan sonriente como puede serlo una jaula de la cual no hay medio de salir. Hermosos tapices antiguos cubriendo las paredes, le daban, desde luego aspecto suntuoso y de grandeza: cortinajes orientales cubrían todas las puertas, que eran bastantes.

Hortensia había elegido para estar en ella siempre la pieza central de sus habitaciones, antiguo salón conservado en toda su magnificencia. Tres ventanas daban sobre el jardín, cuyos macizos de flores estaban dispuestos de modo que en ellos descansara la mirada de la enferma cuando hacía aproximar su silla á una de dichas ventanas. En el salón, plantas de largas y verdes hojas lustrosas ocupaban los ángulos en forma que nada diese idea de negligencia ni de abandono. Los muebles más cómodos estaban cerca de la silla larga y de la cama, y los más elegantes, esparcidos á lo largo de las paredes: de estas pendían cuadros y grabados de mérito. Reinaba en la estancia el lujo moderno con cuanto podía consolar á un ser en favor del cual nada

había podido hacer la ciencia.

Mónica dirigió luego su mirada á la propietaria de todos aquellos bienes, á la que había saludado antes con una tímida reverencia.

La señora Dunois no fué para la joven un objeto menos curioso que el marco de que estaba rodeada. Aquella hermosa señora de tez tan nacarada que se la hubiera creído transparente, cuya belleza parecía un cristal frágil pronto á romperse, cubierta de batista y de encajes como niño á quien se va á bautizar, rodeada de almohadones bordados, de cobertores de seda y de pieles que caían sobre una alfombra de Persia, todo aquello le pareció á Mónica maravilloso, inverosímil, casi teatral.

Mientras que la señora que la había conducido hasta allí cambiaba algunas palabras con la señora Dunois, la joven tuvo tiempo de observar con más atención á la señora á la cual iba á servir. Al primer golpe de vista casi le había inspirado miedo; tan poco verdadero le pareció todo aquello: la segunda mirada provocó en Mónica un sentimiento de tierna compasión.

En el momneto en que sus ojos, llenos de ternura compasiva se fijaban en aquella señora tan hermosa, tan rica, y que no podía andar, según le habían dicho, Hortensia detenía en ella su mirada viva é inteligente. La expresión del semblante de Mónica, cogida en flagrante delito de compasión, que bajó los ojos ruborizada, pareció á Hortensia tan dulce y tan nueva, que sintió dilatársele el corazón.

Extendiendo su mano delicada hacia la aldeanita, le hizo seña de que se acercara. Esta obedeció avergonzada de su persona.

—Parece una buena muchacha—dijo Hortensia cogiendo la manecita morena de Mónica.—¿Quiere usted quedarse conmigo?

—Sí señora—contestó aquella súbitamente conmovida por un sentimiento nuevo parecido á la ternura espontánea.

—Pues bien, hecho. Ya le dirán á usted cuáles son sus deberes... desde luego, no són difíciles, y procurará usted esmerarse en complacerme.

—Tampoco será eso difícil—dijo con viveza Mónica, que al punto se mordió los labios, confusa por haber dicho tanto.

La señora Dunois y su amiga cambiaron una sonrisa.

Huberto entró en aquel instante con una bandeja.

—Este joven le dirá á usted los servicios que me prestaba—dijo Hortensia,—y usted hará lo que él hacía.

Los ojos de Huberto midieron á la joven de arriba abajo con una hostilidad mal disimulada.

—¿Eres tú la recién llegada—decía aquel modo de mirar,—por más que hagas, al quitarme cuanto yo quiero te detestaré?

—He aquí uno que tiene mal empaque—pensó Mónica, lanzándole una mirada de supremo desdén.— Cree valer más que los otros por que tiene las costumbres de la ciudad ¡Pillete! no me cogerás en torpezas: gozarías mucho en ello.

Desde aquel instante sintieron, Huberto y Mónica, una de esas aversiones recíprocas é instintivas que nada puede combatir, porque no se fundan en razón alguna. Decididos ambos á ser muy prudentes conservaron las apariencias de una política recíproca y se esmeraron en evitar todo rozamiento mezquino, pero el fermento de la antipatía debía irse desarrollando gradualmente.

Cuando llegó la noche y en tanto que Mónica, colorada hasta las orejas y con los ojos bajos, escuchaba por primera vez los dichos de la gente de cocina, sin entenderlos, Hortensia hizo llamar á Huberto.

—¡Bueno!—le dijo sonriendo,—ha terminado tu misión: á partir de mañana, entras en la vida comercial.

—¿Mañana?—preguntó el joven bajando los ojos para ocultar sus lágrimas.—¡Señora: concédame usted algunos días!

—No—le contestó la dama con firmeza.—Ya está

todo arreglado con mi esposo. Irás á las oficinas mañana á las ocho y el jefe de ellas te indicará cuál es tu sitio y te explicará lo que debes hacer. A medio día almorzarás con el personal en el restaurant en que come, y por la noche cenarás donde quieras. Se te dará el sueldo, como es consiguiente, pero ya no comerás aquí.

—¿Por qué?—preguntó Huberto con la mirada en forma suplicante.

—Dejas de estar á nuestro servicio, hijo mío—dijo Hortensia con dulzura,—ahora eres un empleado: es preciso que la servidumbre te considere como tal y que tenga contigo las consideraciones que no se podrían exigir de ella si continuaras comiendo en la cocina. ¿Comprendes?

—Comprendo—contestó él.—Yo había creído que estaba usted disgustada de mí. Veo, por el contrario, que es un beneficio más que le debo, un beneficio sobre tantos beneficios...

Sentía un placer delicioso en repetir aquella palabra con la que le parecía hacer más pesada cada vez la cadena de la gratitud que llevaría siempre hasta su última hora.

—¿No la volveré á ver á usted, señora?—preguntó con visible emoción.

—Sí, por cuanto te he dicho que todos los días, después que almuerces, me traigas los periódicos.

—Como usted los lee antes de almorzar...

—Cambiaré la hora por complacerte, porque eres un niño mimado. Vamos, vete, hijo.

El chico seguía inmóvil y con la cabeza baja: ella comprendió que esperaba algo, y se sintió de pronto conmovida.

—Le prometí á tu madre velar por ti—dijo lentamente—y me parece que he cumplido mi promesa. La carrera que se abre ante ti, es la de un hombre. Serás libre y no dependerás más que de ti y de tu conciencia: sé severo contigo mismo, Huberto. Hasta ahora te he

tenido cerca, he reprimido tus defectos y te he enseñado á ver con claridad y con rectitud en la vida: eso no era otra cosa que autoridad maternal, ejercida de la mejor manera posible. Ahora te haría falta un padre, y nadie puede reemplazarlo para ti. Sé honrado y bueno...

—Y agradecido—añadió Huberto con voz grave.

—Y agradecido—repitió la señora Dunois inclinando la cabeza,—eso templará el corazón y hace pensar bien. Puesto que hablas de gratitud, la mejor manera de demostrármela será siendo hombre de bien.

Huberto se acercó á la silla larga y se arrodilló junto á su bienhechora, no ya agoviado por el pesar que en otra ocasión lo precipitó á sus pies, sino como se arrodilla uno ante el altar antes de emprender un largo viaje. Con la cabeza inclinada sobre las pieles, parecía orar, pero no lloraba. Hortensia tuvo deseos de abrirle los brazos y de besarlo. Pocos meses antes lo hubiera hecho, pero ahora era imposible: ¡había crecido demasiado! colocó la mano sobre la cabeza del joven, y le dijo:

Sé hombre de bien y dichoso.

Y tras un corto silencio, añadió:

—Te agradezco los cuidados que has tenido conmigo: un hijo no hubiera hecho más.

—Gracias—dijo Huberto con voz ahogada.

Hortensia retiró la mano, y el joven se incorporó.

—Adiós, hijo mío.

—Con dios, señora.

Huberto se retiró tranquilamente con callado paso como acostumbraba á hacerlo durante los sueños fugaces que cortaban algunas veces para Hortensia sus largos y solitarios días.

La puerta se cerró sin ruido y Hortensia se quedó sola.

—¡Pobre muchacho!—se dijo,—me lo agradecerá después, pero ahora debe serle muy duro...

Su pensamiento pasó á Mónica.

—Quizá me aficione á ella también—pensó Hortensia—y luego se irá, para casarse sin duda, y será para mí un nuevo disgusto, una nueva separación... ¡corazón absurdo y siempre anhelante, que no puede dejar de querer, por más que sabe de sobra que todo acaba siempre en sufrimientos!

Meditó un rato: corría el mes de agosto y era la hora del crepúsculo, que teñía de matices fugaces y encantadores un extremo del horizonte entrevisto á través de los árboles.

Abrióse una puerta, y entró Mónica con un quinqué: iba seguida de la vieja doncella para evitar sus torpezas. Hortensia volvió á las realidades de la vida.

Y bien, Toinette—dijo ésta á la anciana,—¿crees que conseguiremos algo de esa niña?

—Seguramente que se conseguirá algo—repuso Toinette, que nunca desarrugaba el ceño, siquiera fuese la mejor criatura del mundo.

Mónica se atrevió á mirar á la señora enferma, y al verla tan hermosa, se medio sonrió. Hortensia halló adorable aquella sonrisa, y lo era realmente.

—Siéntese usted ahí, joven—le dijo,—vamos á hablar un poco.

—Esta chica se está cayendo de sueño—murmuró Toinette.

—En seguida irá á acostarse. ¿No le desagradará á usted hablarme de su país ¿no es verdad?

—Mónica—dijo ésta, adivinando que le preguntaban su nombre.

Toinette se retiró y Mónica se sentó en un taburete al pie de la silla larga.

—¿Tiene usted aún padres?

—Madre únicamente.

—¿Y su madre la ha dejado á usted venir de buena voluntad?

—Ella es la que ha querido que yo viniese.

Hortensia pareció admirarse algo de aquella contestación.

—¿Por qué? usted no tiene aspecto de pobre.

BIBLIOTECA 6.
MONTREUIL, MEXICO

—Mi madre tiene algo.

—¿No la quiere á usted?

—¡Oh! sí; pero...

Hortensia miraba con curiosidad el sonrosado semblante de la joven, que se puso encendido.

Después de todo, no es un secreto—añadió Mónica.—Mi madre no quiere que me case hasta dentro de tres años, y ha preferido que salga yo del país.

—¿Según eso, tiene usted novio?

—Sí señora—dijo levantando la cabeza con arrogancia—nos casaremos el 27 de Julio dentro de tres años.

—¡Tres años! para largo va—dijo Hortensia sonriéndose.—¿Está usted segura de quererlo hasta entonces?

—Puesto que estamos comprometidos...

Mónica prestaba tal convicción á aquel argumento, que Hortensia se echó á reír.

—¿Es guapo su novio?

—Así lo creo: es el mejor mozo de Champcey: tiene veinticinco años.

El sencillo aplomo con que hablaba la joven fué para Hortensia la mejor garantía de su ingenuidad.

—¿Hace mucho tiempo que están ustedes en relaciones?

—No.—Aquí Mónica bajó la cabeza.—Se me declaró de repente un día que yo pasaba por el cementerio: yo no le dije que no: de esto hace tres semanas justas.

¿Los han separado á ustedes en seguida? Lo deberán ustedes haber sentido mucho.

—¡Oh! sí—dijo la joven cuyo semblante infantil se puso serio.—Yo lo he sentido mucho; pero he prometido escribirle, y, además, vendrá á verme. Los criados de las granjas tienen vacaciones por Reyes: por esa fecha vendrá á verme.

—¿Y dentro de tres años...?

—Nos casaremos—dijo Mónica.—Creo, señora, que eso no le disgustará á usted.

—Al contrario, me alegra — dijo, temerosa de

ahuyentar la confianza de la joven: luego añadió:—¿Y eso, se lo dirá usted á todo el mundo?

—Es natural ¿es que no debe decirse?

Hortensia reflexionó un instante.

—¿Por qué no?—dijo.—Una joven, prometida, es más respetable, cuando tiene el propósito de cumplir su promesa. Puede usted decir que está usted comprometida para casarse, pero no hable usted de su novio sino conmigo, y así se evitará de bromas y de disgustos inútiles. A mí—añadió al observar que el semblante de Mónica se entristecía,—á mí me lo puede usted decir todo, porque no me burlaré y la aconsejaré bien.

—Eso se ve á la legua—dijo Mónica.

Aquel aplomo infantil, mezclado con intervalos de prudente reserva, era muy nuevo y muy divertido. La señora Dunois, después de haber hecho algunas otras preguntas á su nueva servidora, se preparaba á tocar el timbre para que acudiese Toinette, cuando entró el señor Dunois.

Dispuesto para salir, vestido de negro, con la pechera de la camisa muy reluciente, con los cabellos rizados aunque algo claros por efecto de la edad, pero siempre sedosos y castaños, brillantes y perfumados y con su claqué debajo del brazo, estaba verdaderamente hermoso.

—¡Qué puesto!—le dijo su mujer al verlo, la cual estaba lejos de esperar su visita.

—Me voy al círculo: tenemos audición esta noche: dos hermanas violinistas, dos notabilidades según dicen. He querido despedirme de ti antes de irme, y preguntarte qué es lo que piensas de tu nueva adquisición.

E indicó con la vista á Mónica que al entrar él se había puesto en pie completamente cortada: El señor Dunois le parecía mucho más imponente que su señora.

—Empezamos á conocernos—repuso Hortensia, y volviéndose hacia la joven, añadió:—Retírese usted hija mía, buenas noches, y que no sueñe usted mucho con su país.

Mónica se retiró haciendo una pequeña reverencia que no careció de gracia ni de dignidad. Dunois la siguió con mirada de hombre inteligente.

—Es muy original esa chica—dijo.—Parece que ha revolucionado la cocina hace poco. Escuchaba, hacía ya una hora, sin despegar los labios, la conversación de los nobles personajes de nuestra servidumbre y se la creía completamente muda, cuando Fermín, mi ayuda de cámara, dijo algo un poco atrevido, y ella, volviéndose hacia él, le disparó á quema ropa estas palabras: «A su edad debía usted tener vergüenza». Ahora bien; Fermín tiene pretensiones: no sé si habrás observado que presume; pero es calvo, y no es nada joven, aunque quiera parecerlo. Imposible describirte la alegría que semejante estocada causó, á los otros, no á él; y lo más chusco es que él mismo me lo ha contado hace un momento al vestirme, y que no he podido menos de reirme al oírlo, como si hubiera estado yo en la cocina, sencillamente. Esa muchacha tiene pico de oro.

—En efecto, me ha parecido muy franca, pero aplazo mi juicio para más adelante—dijo Hortensia.—¿Sabes que Huberto entra mañana en tu escritorio?

—¡Ah! ¿es mañana?—exclamó Dunois con negligencia.—Bien: ya está advertido el oficial mayor: él allá. Temo que lo echés de menos.

—Estoy segura de ello—replicó Hortensia,—en bastante tiempo no tendré quien lo sustituya por su exactitud y su adhesión; pero no sentiré el bien que le haya hecho á esa criatura, que es, te lo aseguro, muy superior á su condición.

—Ya sabes, querida, que he hecho cuanto has querido—dijo Dunois galantemente.

Besó la mano de su mujer, y se fué al círculo.

Hortensia hizo sonar el timbre llamando á Toinette, é hizo que esta la condujese al lecho.

Todo el mundo dormía aquella noche tranquilamente en la casa de banca á excepción de Huberto, quien,

sin saber por qué se estuvo sollozando y mordiendo la almohada hasta las primeras horas de la mañana.

IX

Al siguiente día por la mañana tenía Mónica su sobrenombre. Desde la señora Toinette que era el principal personaje de la gente de librea, hasta la que freyaba los platos, todos en la cocina la llamaban Mónica Pico de Oro. El señor Dunois la había bautizado así, y aquel nombre debía perdurar.

Supo, de otra parte, hacerse querer: su instinto de aldeana taimada le sugirió cierta prudencia, y cierta reserva, sobre todo, que le fueron muy útiles.

Decía cuanto se le pasaba por la imaginación, á riesgo de herir el amor propio, pero no repetía nunca lo que había visto ú oído. Tan pronto como se le reconoció aquella cualidad, Toinette se apresuró á darle cuenta de ello á su señora que desde entonces pudo formar opinión acerca de la extraña niña que tenía á su servicio.

Mónica había aprendido en seguida las obligaciones de su cargo: sus manecitas encallecidas se suavizaron pronto: sus dedos, diestros en las faenas del campo, tenían una finura de tacto que la hizo hábil y ligera en todo cuanto emprendía.

Su paso firme, algo tardo los primeros días, se aligeró y se hizo callado; sus ademanes bruscos se dulcificaron y atenuaron. En menos de un mes se hizo una doncella muy conveniente, y contra lo que de ordinario ocurre, conservaba toda su sencillez primitiva.

Como lo había previsto Dunois, Mónica leía algo parecido á como se canta la misa en un misal: sin embargo, comprendía en gran parte lo que leía, pero lo leía con énfasis. Hortensia se divirtió con ello algunos